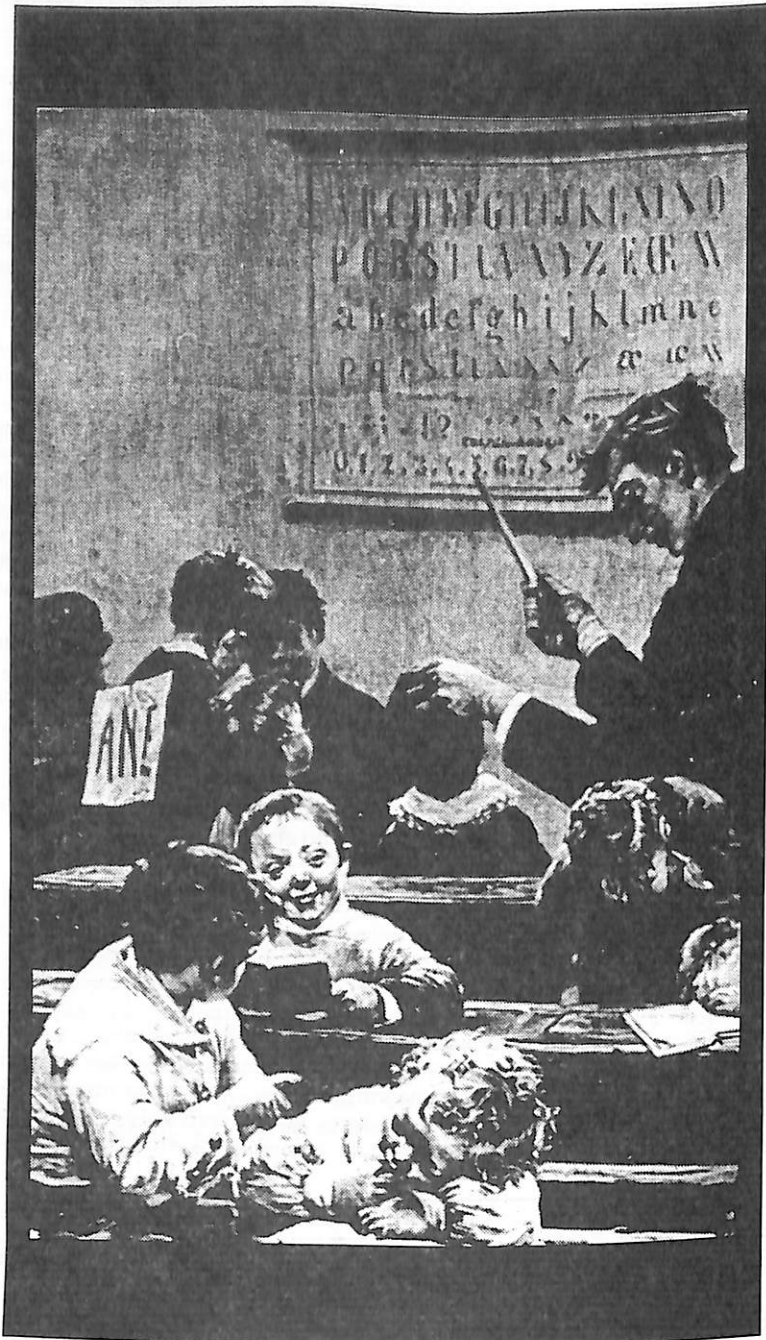


TOPICOS DEL HUMANISMO

Abril de 1997

Nº 22



GLOBALIZACION O IMPERIALISMO PERMANENTE (LA NUEVA ESTRATEGIA EXPANSIVA DEL CAPITALISMO CONTEMPORANEO)

Rodrigo Quesada Monge (*)

PRESENTACION

Este será un artículo sobre un tema muy simple, pero al mismo tiempo muy complejo. Una frase inicial así podría sonarle a muchos totalmente contraproducente pero, es mi intención ser lo más honesto posible con el lector: la simplicidad a que nos referimos es terminológica, la confusión es del medio socioacadémico que aún no acaba por comprender qué fue lo que pasó con la crisis de los paradigmas analíticos heredados por el siglo XVIII. Entonces, ¿cómo se hace para que la simplicidad terminológica sea coherente con un escenario intelectual más repleto de preguntas que de respuestas? Hay salidas teórico-metodológicas y hay salidas técnicas.

Ahora bien, como las aspiraciones de este artículo son esencialmente divulgatorias, las pretensiones teórico-metodológicas deberán ser pospuestas para un mejor momento, pero algunos aspectos técnicos sí pueden ser abordados sin riesgo de superficialidad por el mero hecho del interés enciclopédico de nuestros lectores. De ninguna manera subestimamos a estos últimos posponiendo las preocupaciones de teoría y método, es que, cuando se trata de la «globalización», del «imperialismo» y del «capitalismo», la investigación erudita es de tal calibre que se requiere una revista especializada para tratarlos a fondo. Por eso, este trabajo se centrará básicamente en las expresiones más taxativas (léase técnicas) de aquellos asuntos que aquí no podrán ser abordados en toda su complejidad. Para eso, brindaremos al lector algunas sugerencias bibliográficas y algunas notas proporcionales a la orientación de este artículo, y también a los posibles intereses posteriores que el mismo despierte en aquel.

CUESTIONES DE TERMINOLOGIA

Decía hace poco un economista costarricense que «la globalización es, eminentemente, un fenómeno tecnológico que permea la cultura, las relaciones sociales y, en general, la forma en cómo las sociedades funcionan» (1). Me temo que el contenido de esta afirmación no es coherente con el resto del artículo, pues el mismo autor despliega otros asuntos no necesariamente vinculados con elementos técnicos. Pero la frase es útil por dos razones básicas, a propósito de las intenciones esenciales de este ensayo:

1. La Globalización es un proceso y no sólo un momento en la nueva estrategia de expansión del capitalismo.
2. La Globalización afecta sobre todo a las personas, y no sólo a la riqueza material de las sociedades de capitalismo avanzado.

Con estos componentes en mente, entonces, voy a tratar de introducir al lector en las dimensiones posibles de la Globalización.

LA GLOBALIZACION COMO PROCESO

La gente tiende a creer que la Globalización es un capítulo totalmente nuevo del desarrollo capitalista. Si hemos de ser rigurosos el mismo ha avanzado indefectiblemente hacia ahí, casi desde los momentos iniciales en que empieza a figurar históricamente. Digamos que, la Globalización era la consecuencia inevitable del desarrollo histórico del sistema capitalista. Que se haya presentado después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), era la necesaria respuesta de una expansión imperialista en crisis desde los años setenta del siglo pasado, a los nuevos retos planteados por el Capitalismo en la segunda mitad de este siglo.

«Globalizar» en la terminología «neoinperialista» no significa integrar, tampoco significa humanizar o revalorizar las prácticas económicas, sociales, políticas y culturales de los pueblos en una nueva etapa de su desarrollo. Significa esencialmente lo contrario: desintegrar las economías nacionales, para que se incorporen por la fuerza de la competencia a un

nuevo tipo de mercado mundial. En estas situaciones, la deshumanización es ineludible pues los individuos tienden entonces a concentrar sus fuerzas en el rendimiento, en la capacidad de producir cosas, no en generar ideas, sentimientos o hechos que los acerquen más, sino que los separen de una vez por todas. El énfasis sobre los objetos hace individuos más eficientes y eficaces, pero no más humanos y solidarios. Por eso, bien puede decirse sin temor a equivocarse, que nunca fue tan cierta la reflexión de Marx sobre la alienación de las personas respecto al producto de su trabajo en el capitalismo. La Globalización llevó a extremos insospechados este fenómeno.

Globalizar significa «regionalizar», crear nuevos polos de poder en función de las nuevas necesidades expansivas del capitalismo. El movimiento pendular que este ha tenido desde el siglo XVIII, indica ahora que, después de la última guerra mundial, el poder de generar riqueza se desplace otra vez hacia el Pacífico, Europa noratlántica y los Estados Unidos. Pero ello ha supuesto, una reeducción de los mecanismos compulsivos del poder, para que la regionalización no violente la sensibilidad nacional de los países de capitalismo avanzado, aunque sí signifique casi la extinción económica de los países de capitalismo en desarrollo. En la práctica, estos últimos serán sobre todo consumidores, y no tanto productores. Por eso, otro autor nos dice que la Globalización para una región como América Latina, reposa sobre un «desarrollo insostenible» (2), y no tanto en su contrario, como insisten algunos economistas.

Globalizar es también fomentar la creación de los instrumentos institucionales más autoritarios de que pueda disponer una determinada sociedad, para lograr una productividad cada vez más eficiente de los mercados internacionales (ahora regionalizados), sin que importen las posibles consecuencias nacionales que ello pueda tener. Es decir que se globaliza de afuera hacia adentro, y no al revés, como razonan, con gran sencillez, algunos políticos costarricenses. De nuestros países se espera únicamente que adecuen sus respuestas a lo que acontece en el escenario mundial. Jamás se espera de ellos que las «inventen». Por eso es que la contradicción vertebral de la Globalización es tan sobresaliente: impulsar la libertad de producir objetos de consumo sin discriminación, pero dentro de unos patrones de productividad profundamente totalitarios, un totalitarismo que viene definido por la arrogancia de un mercado capitalista que no duda un segundo en aplastar al que se le oponga. El paliativo es la creación de zonas de libre comercio, y de alianzas comerciales que tienden a beneficiar particularmente al que pone la tecnología, no la fuerza de trabajo.

LA GLOBALIZACION Y LAS PERSONAS

Si el énfasis del capitalismo «neoinperialista» (o de Imperialismo Permanente) está puesto sobre la producción de objetos (y aquí incluimos obviamente al conocimiento y las comunicaciones, que han terminado cosificados de forma irreversible), no podemos evitar reflexionar en el sentido de que hoy un japonés me resulta familiar por su enorme disciplina de trabajo, no porque se trate tanto de una persona de etnia diferente, o de cultura e idioma distintos. La Globalización me ha enseñado que las personas existen por lo que producen, no por lo que son.

En esta etapa histórica de la expansión capitalista, el Liberalismo se convierte en la expresión ideológica indudable del triunfo de la mercancía sobre las personas. Hablar entonces del «fin de la Historia» no es un asunto eminentemente filosófico, o puramente académico, es por encima de todo un problema humano; que tiene que ver con nuestra capacidad de aceptación de si el triunfo de la mercancía sobre las personas, implica nuestra disposición para aceptar la nueva escala de valores que promueve la Globalización: rendimiento, eficiencia, competitividad, como virtudes del superhombre que la nueva moral burguesa cree haber descubierto en este fin de siglo.

LA GLOBALIZACION ES UN ITINERARIO

La industria, el comercio y las finanzas japonesas tienen invertidos en los Estados Unidos, hasta el momento, unos 70 billones de dólares. Esto supone

decir que, si ambos países están plenamente globalizados, la competencia por nuevos mercados y nuevas oportunidades tecnológicas se expresa en la capacidad de manejo del conocimiento producido, y no tanto en el nivel de desgaste de la fuerza de trabajo. Porque las inversiones japonesas se localizan en el nivel estructural de la economía norteamericana: la banca, y no en los renglones periféricos de la misma, como el comercio o la industria de bienes intermedios. Desde el nivel financiero se ejerce presión y demandas ejecutivas hacia los otros sectores de inversión.

Porque si el inversionista japonés trata de «captar» (como dirían los cubanos) al pequeño y mediano ahorrante norteamericano, lo hace con el afán de movilizar luego esos fondos hacia los grandes centros comerciales y a la fabricación de bienes domésticos perdurables. Pero la cuestión aquí no es de orden puramente estratégico, tiene que ver también con la imaginación y la capacidad de creación de iniciativas de inversión, que antes ni el más brillante ejecutivo norteamericano pudiera haber visto. En ese sentido, la Globalización en manos de los japoneses ha supuesto incluso engullirse a sectores de inversión importantes de la economía norteamericana. Pero esta tiene contrapesos, y es así como la Globalización tiene sentido para los norteamericanos.

Pero, ¿qué sucede cuando algo semejante se da en un país como México o Brasil? ¿Qué sucedería si el grueso del ahorro fuera controlado, administrado y reciclado por inversionistas japoneses o alemanes en Costa Rica? ¿Tienen nuestros países los contrapesos productivos para que la Globalización sea competitiva? La respuesta es definitivamente no. El endeudamiento externo es la única salida. Con todo lo que ello implica: desigualdad del crecimiento, el sabotaje de las tasas de productividad interna, contracción violenta de la fuerza laboral, y un mercado externo en expansión al que únicamente se puede atender, mediante la creación de alianzas dudosas con socios poderosos que harán todo lo posible por dejarnos fuera, en el momento en que lo consideren necesario. Aquí, el impacto sobre el medio ambiente es de sospechosa importancia, pues hay que recordar que la Globalización supone interés por las cosas, no por las personas, y éstas forman parte de un medio ambiente sujeto a las más feroces presiones de la productividad capitalista (3).

Desde la Segunda Guerra Mundial, la redefinición de los mercados internacionales fue un serio problema para organismos financieros tales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Habían sido instituciones diseñadas originalmente como los grandes tesoreros de los centros decisivos del capitalismo mundial, pero al final la Guerra Fría contra la expansión del socialismo real terminó por reeducar las fronteras financieras en las que actuarían. Los enormes costos de dicha guerra en favor de la Civilización Occidental, del Cristianismo y la Democracia Liberal contra la barbarie comunista y la socialización de la pobreza, terminaron con el balance de poder mismo que había buscado el capitalismo dentro de sus propias fronteras. Es decir que, los Estados Unidos se echaron encima los gastos militares de la vigilancia policial de ese ideario mencionado arriba, y los alemanes o los japoneses entre tanto se enriquecían escandalosamente, pues no les estaba permitido invertir en armamento o en sostener un ejército. Esta cruda realidad se le vino encima a los norteamericanos cuando la guerra contra Irak (1991) les evidenció que no podrían enfrentarla solos, financieramente hablando. Y también les puso ante la nariz, la triste situación de que ya no eran la potencia económica que alguna vez fueran, por más esfuerzos que hubieran hecho Ronald Reagan y George Bush (durante los ochenta), por poner a su país a figurar en los escenarios donde ahora había otros y tan poderosos actores como ellos.

Es más, tales escenarios también habían experimentado transformaciones importantes. Con la caída del socialismo real (porque había uno ideal que se quedaba en los libros de los filósofos y los economistas), se caía también una alternativa al capitalismo feroz que querían resucitar los Estados Unidos. De esta manera, casi de la noche a la mañana, los alemanes por ejemplo se encontraron con que casi 500 millones de nuevos consumidores les tocaban a la puerta. Lo mismo los japoneses, a quienes los chinos hacían gui-

(*) Historiador costarricense (1953), con trabajos publicados sobre historia centroamericana y mundial. Ha sido profesor invitado en Alemania y los Estados Unidos.

1. MURILLO, Carlos. GLOBALIZACION Y LAS NUEVAS ESTRATEGIAS DE DESARROLLO. (Ponencia presentada en el V Congreso Latinoamericano de Educación Comercial. Universidad Nacional, Costa Rica. 1995). P. 1.

2. DIERCKXSENS, Wim. DE LA GLOBALIZACION A LA PERESTROIKA OCCIDENTAL. (San José, Costa Rica: DEL. 1994). P. 174.

3. MARTINEZ CASTILLO, Róger. «El proceso de Globalización y su influencia ambiental». TOPICOS DEL HUMANISMO. (Universidad Nacional. Centro de Estudios Generales. Octubre de 1996. N° 17).

ños desde los inicios de la década presente. Hablamos de un mercado potencial de más de mil millones de personas.

Para los Estados Unidos esta reestructuración internacional de los centros de poder significó entre otras cosas, tomar consciencia de nuevo de que sus mercados naturales eran los latinoamericanos. El problema consistía en darse cuenta también de que, de esos 500 millones de personas casi las dos terceras partes estaban incapacitadas para comprar lo que ellos les venderían. El Tratado de Libre Comercio por ejemplo, firmado en 1993 con Canadá y México, le abrió a los Estados Unidos nuevas sendas para la utilización de más eficaces medios de presión sobre la «hipermodernización» capitalista de países como México, Brasil, Argentina y Chile.

La lógica financiera indicaba que a los países de capitalismo superdesarrollado, deberían corresponderles «megamercados», es decir, no tanto mercados de grandes proporciones, sino de poderosa capacidad de compra. La realidad retrataba otra cosa. Si la modernidad decimonónica ni siquiera se anunciaba en algunos países de América Latina, ¿cómo pedirles entonces que actuaran como consumidores posmodernos? En ese sentido, el narcotráfico venía a ser el puente, construido desde el capitalismo superdesarrollado, para que países como Perú, Bolivia, Colombia y México, saltaran a la posmodernidad, olvidándose de una modernidad inconclusa. Esa sería la situación al menos, para algunos grupos sociales en América Latina: sentirse megaconsumidores en un mundo de micro-productores.

Decimos entonces que, en América Latina quienes están realmente globalizados son los carteles de la droga. Y al capitalismo superdesarrollado esto le resulta beneficioso pues, a pesar de la doble moral con que juega, las ventas de desperdicios militares hoy pagan como nunca; no se olvide una cosa importante: la aparente conclusión de la Guerra Fría (y su siniestra silueta nuclear) abrió paso a los nacionalismos y a la xenofobia más feroces, por lo tanto las guerras y el armamento convencionales han vuelto a ser un tema que merece atención. Los grandes abastecedores de armamento de ayer, son hoy los grandes socios de los capos de la coca, en diferentes partes del planeta.

La Globalización es un itinerario porque desde las Guerras del Opio (durante la primera parte del siglo pasado) hasta los grandes conflictos con los narcotraficantes del presente, las aspiraciones fundamentales del capitalismo no han variado: contar con ese consumidor soñado en cualquier parte del mundo. De esta guisa, la Globalización no es sólo un asunto financiero o puramente económico, es también moral, y tiene que ver mucho con los aspectos humanos de un cambio de estrategia expansiva del capitalismo que deja intactos los viejos elementos del imperialismo: obligar a la gente a consumir lo que no necesita. Por eso hablamos de Imperialismo Permanente: uno que cambia y se adapta pero sin abandonar sus delirios totalitarios más preciados.

LA GLOBALIZACION ES UNA ESTRATEGIA

Digamos para empezar esta sección que, con la Globalización están desapareciendo los estados nacionales. O al menos su perímetro de acción se ha tornado cada vez más difícil de precisar. Esto se debe en principio a que las transnacionales los están relevando en aspectos centrales de su antiguo accionar. También puede decirse lo mismo de organismos como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o el Consejo de Seguridad de la ONU. Aspectos antes considerados privativos de los ejercicios institucionales de los antiguos Estados-Nación son retomados hoy por aquellas entidades, lo que provoca una desagradable sensación en los políticos del Tercer Mundo sobre todo, de que están siendo desalojados de sus esferas de influencia. Cuando se invade Panamá (1989), o se le hace la guerra a Irak (1991) se les está diciendo a estos pueblos que, la forma en que manejen sus asuntos privados o domésticos puede a la larga afectar la seguridad internacional. Por lo tanto, hay que enderezarlos y volverlos al redil, con lo que la autodeterminación de los pueblos queda en entredicho (4).

La Globalización redefine entonces la vieja noción de frontera (puesta a punto como criterio burgués de la nacionalidad, sobre todo durante las guerras napoleónicas) y reintroduce otra reliquia de la teoría de las relaciones internacionales: la concepción monárquica (Congreso de Viena, 1815) de que la seguridad de unos es a la seguridad de todos, lo que una política económica nacional liberal es a una proteccionista.

Cuando las distinciones entre la esfera de lo privado y lo público se vuelven indescifrables, el Impe-

rialismo Permanente acude a la fuerza bruta. Es a este respecto que el caso de Cuba le resulta un enigma al Departamento de Estado norteamericano, porque las razones de orden ideológico, político o militar ya no son válidas para explicar sus acciones contra la isla. La agenda imperialista ha cambiado tanto sus contenidos, que hoy los afanes por destruir la Revolución Cubana tienen muy poco que ver con la seguridad nacional y más con asuntos de orden étnico y económico. Desde la óptica del Departamento de Estado, Cuba es más bien un mal cliente de las bondades del capitalismo norteamericano que una amenaza a las razones ideológicas de ese mismo capitalismo. Al desaparecer el contexto que les dio sentido ideológico, quedan solamente las respuestas más salvajes del capitalismo, para explicar las leyes migratorias recientes en los Estados Unidos. Como el socialismo cubano no reposa sobre el criterio de las ganancias individuales, es una mala práctica económica que hay que eliminar, no porque pueda convertirse en un mal ejemplo (como se pensó durante la época de la Alianza para el Progreso, 1962), sino porque no posibilita el consumismo desenfrenado que predicen los Estados Unidos. Las presiones de la comunidad empresarial cubana radicada en la Florida van por ese lado, y no tanto por el de la destrucción de la institucionalidad emblemática de la Revolución Cubana, cuando se refieren a la supuesta democratización de la isla. La dialéctica del bloqueo lleva esa orientación precisa: sabotear al modelo económico, para que éste realmente despliegue todas sus posibilidades. El viejo imperialismo actúa otra vez: hay que obligar a la gente a consumir lo que no necesita.

LA GLOBALIZACION ES «IMPERIALISMO PERMANENTE»

«La lucha por la competencia entre empresas transnacionales tiende a concentrar más y más inversiones en los gastos de transacción a costa de los gastos productivos, y si los perdedores procuran equilibrar su balanza comercial con una carrera armamentista cuyo gasto improductivo se tiende a transferir a los ganadores, observaremos a nivel global un crecimiento económico estancado, que incluso puede llegar a ser negativo, abriendo un período de depresión» (5).

El devastador período depresivo que se inicia en la economía occidental en octubre de 1987 no es fortuito entonces. Pero explicar este asunto desde una perspectiva eminentemente coyuntural puede conducir a errores de monta considerable. Por eso es que algunos autores han terminado haciendo labor de historiadores, aún cuando su formación profesional no los autorice por completo a ello. Es que, si yo sostengo que la Globalización se inicia en la segunda parte del siglo pasado con el despunte del Imperialismo, mi afirmación puede agotarse en un simple tópico de orden cronológico. Y me temo que no es tan sencillo; ya lo decíamos atrás: el sistema económico, el capitalismo, cambia, se modifica, se adapta; las prácticas imperialistas siguen siendo las mismas. ¿Qué diferencia de naturaleza y propósito puede haber entre las innumerables invasiones a Nicaragua durante las tres primeras décadas de este siglo, y la más reciente a Panamá (1989)?

Sin embargo, no se debería eludir la relación inevitable entre las crisis del sistema económico y las consecuentes reacciones políticas y militares del imperialismo. La cita que encabeza esta sección contiene un pronóstico histórico indubitable: la Globalización obligará a los países del capitalismo central a tomar acciones imperialistas cada vez más arriesgadas y decisivas. Los casos iraquí y cubano pueden ser modestos ante los que se avecinan en Europa del Este, el Pacífico o África. Todavía más peligrosos cuando se piensa que los verdaderos depredadores del planeta son los pueblos del Tercer Mundo, y que su crecimiento demográfico debería ser controlado o detenido de algún modo (6). Este tipo de sugerencia fascista era propia de algunas agencias internacionales a principios de la descolonización que produjo la Segunda Guerra Mundial, pero asusta (aunque no sorprende) que hoy se siga argumentando de esta manera para legitimar el expansionismo capitalista, que hoy los intelectuales llaman Globalización. Una nueva palabra para una estrategia que ya conocemos desde hace mucho tiempo.

Bien se sabe (y la ignorancia de esto se sorprende), que los verdaderos despilfarradores son los países capitalistas centrales. Las riquezas del planeta adquieren dimensión social cuando el trabajo que las genera es trabajo productivo, es decir ese tipo de trabajo que

crea valor para beneficio de todos. Pero cuando el que se las apropia es el trabajador improductivo, el alto ejecutivo de las transnacionales globalizadas, o de las agencias multinacionales, el sistema económico aplica aquí un expediente ya conocido y de altos rendimientos: la rapiña, que supone devastar el medio ecológico, el ambiente cultural, la tradición y a los seres humanos que son diferentes por su etnia, su sexo o sus costumbres. Esa es la orientación que llevan las propuestas neomalthusianas de la Globalización: el control de la población posibilita la creación de mercados reales, y no de mercados ficticios con un poder de compra insignificante.

Un contexto de esa naturaleza produce individuos para los que la Educación, la Cultura, la Democracia y la Tolerancia son meros acertijos que no explican absolutamente nada, cuando el sistema está arriesgando su sobrevivencia porque millones de desarraigados no pueden controlar sus apetitos sexuales. Por eso es que la Globalización pareciera no haber sido pensada para incluir a la gente del Tercer Mundo, puesto que ahí no se produce, sólo se consume; y para colmo se trata de malos consumidores. Sin embargo, si la Globalización fue originalmente ideada para incluir solamente a los países ricos, que son capaces de generar, administrar y reinvertir sus ganancias individuales, el consumidor del Tercer Mundo (con la excepción del narcotraficante) sólo puede ser un componente estadístico y no cualitativo. La Globalización es una mala inversión para los países ricos en el mundo de los pobres, porque hay que ayudarlos a consumir, hay que darles el dinero, la asesoría y la orientación que les ayude a utilizar lo que el mundo de los ricos tiene que ofrecerles.

CONSIDERACIONES FINALES

¿Qué es entonces finalmente la Globalización? se preguntará el lector. Recojamos algunos aspectos centrales:

1. La Globalización es una estrategia novedosa aplicada a los viejos problemas del capitalismo, tales como crear nuevos mercados y nuevos consumidores.
2. Algunos países del capitalismo central se sirven de ella para volver a sus viejas prácticas imperialistas.
3. Supone, entre otras cosas, la regionalización de los mercados y la centralización financiera de los recursos económicos del planeta.
4. Considera que los países pobres son malos consumidores y por lo tanto hay que «invitarlos» a transformarse en buenos compradores de la producción de los países ricos.
5. Percibe a los Estados nacionales como figuras obsoletas, sin sentido en un momento donde cuentan esencialmente los mercados transnacionales.
6. La Globalización supone un énfasis importante en el rendimiento, la eficacia, la capacidad de producción de los individuos, antes que en sus ideas, sentimientos o historia personal.

Pero la Globalización, más que cualquier otra cosa, es una salida desesperada a la crítica situación del sistema capitalista, que desde los inicios de la Revolución Industrial (allá por 1760), nunca logró superar su perenne estado depresivo. Es curioso, el sistema capitalista aprendió a vivir y a manejar sus depresiones, pero nunca remontó su estado crónico. De aquí que las salidas policiales le sean tan familiares, el Imperialismo le surtió con los instrumentos requeridos para tal propósito.

El quid de toda esta cuestión es que, en América Latina, y en países como Costa Rica, la mayor parte de las personas cree que la Globalización es un proceso inevitable, y que, más bien, deberíamos ajustarnos a él para vivir felices y productivos. En el borde antropológico de todo esto está el Hombre, así con mayúscula, y es deber de los intelectuales (un maestro lo es) denunciar y combatir, hasta donde sea posible, las consecuencias de un itinerario que, en la era de la Posguerra Fría, sólo puede conducir a más deshumanización, y a más explotación y saqueo de los pueblos pobres de este desafortunado planeta.

Si algo no es la Globalización, es solidaridad y espíritu de tolerancia para los vecinos del Siglo XXI. ¿Qué harán?

4. EZCURRA, Ana María. «Globalización y estrategia externa de los Estados Unidos en la Posguerra Fría». REVISTA PASOS ESPECIAL. (San José: DEI. N° 4-1994). Pp. 11-35.

5. DIERCKXSENS, Wim. «Globalización»: límites de crecimiento e historicidad de las transnacionales». REVISTA PASOS ESPECIAL. (San José: DEI. N° 4-1994). P. 9.

6. KENNEDY, Paul. HACIA EL SIGLO XX. (Barcelona: Plaza y Janés. 1993). P. 50.



REALIDAD HUMANA Y CRISIS DEL AMBIENTE: HACIA UNA RE-INTERPRETACION DEL «HECHO SOCIAL»

Lic. Maynor Antonio Mora
Sociólogo

El objetivo central del presente ensayo es introducir un tema de vital importancia en nuestra actual coyuntura histórica. Este es el tema de la interpretación del hecho social (como hecho particular humano) frente al problema de la crisis del ambiente. Se trata, sin duda, de una «re-interpretación» del mismo, en tanto se parte de un reconocimiento tácito de todas aquellas interpretaciones realizadas hasta la actualidad por las denominadas ciencias sociales, las cuales, sin embargo, no dimensionan el tema del ambiente, no porque este no estuviese ahí como hecho, sino porque este mismo hecho no era significativo en términos de las problemáticas analizadas (la producción económica, el consenso y el conflicto social, la pobreza, la guerra, etc.). Es decir, una vez que el ambiente empieza a ser deteriorado por la acción de los seres humanos, el mismo se hace cognoscitivamente significativo, en tanto su degradación influye directamente sobre la vida humana y, consecuentemente, sobre las mismas problemáticas analizadas por la ciencia social. La «significación sociológica» del ambiente nace, pues, alrededor de la crisis en la cual se encuentra el ser humano dentro de la biosfera. Por ello, una re-interpretación del hecho social no puede darse sin recurrir necesariamente, a un tipo de conceptualización que recupere solamente al ambiente o a la realidad humana sino a ambos en interacción y, a la vez, como parte de un todo mayor. Este tipo de interpretación será denominado de aquí en adelante como perspectiva de totalidad.

Las grandes teorías en la ciencia social (desde el siglo XVI en adelante) nacen a partir del reconocimiento del «hecho social». La teoría política, la cual se remonta a Maquiavelo, por ejemplo, reconoce al hecho social cuando trata de explicar la coexistencia humana (Locke, Hobbes, Rousseau, etc.). Con el desarrollo del pensamiento «sociológico» (siglo XIX) esto se hace más explícito, tanto para aquellas corrientes alineadas a las denominadas teorías del consenso (Comte, Spencer, Webber, Pareto, Parsons) como para las corrientes del conflicto social (Saint-Simón, Marx-Engels, los anarquistas rusos, Lenin, Trotsky, etc.). En ambos casos, así como en el de otras corrientes de pensamiento (socialismo utópico, ecología utópica de Herbert George Wells, antiutopismo de principios de siglo XX —Huxley, Orwell, Zamiatin—), se reconoce la existencia de un «contrato social» que condiciona las relaciones entre los individuos al interior de determinada formación histórico-social. En todos los casos, se entiende que este contrato surge de relaciones más que de la suma de individuos. Evidentemente, se parte del criterio de que la totalidad no es igual a la suma de las partes, criterio aplicable tanto en las ciencias físicas (el criterio de «suma», siguiendo la ruta del mecanicismo newtoniano fue cuestionado y prácticamente sacado de la discusión teórica por Einstein) como en las ciencias sociales. El contrato social se presenta como un nivel interactivo de realidad, el cual tiene la facultad de imponerse a los individuos, independientemente de su conciencia o percepción (Durkheim), o bien como un conjunto de «estructuras» que determinan comportamientos, en tanto las relaciones «sociales» son percibidas como relaciones históricas entre actores colectivos (Marx). Este contrato no es, pues, un hecho aislado y genético que se estableció en un pasado remoto (como lo definió Rousseau en su conocida obra EL CONTRATO SOCIAL) (1), sino una situación constantemente renovada y «determinante» de la acción individual de los seres humanos. O sea, que este contrato constituye, sin duda, el cuerpo fundamental del hecho social, del que hablamos aquí.

El reconocimiento del hecho social y con él de lo humano como forma específica de realidad fue un enorme paso en el logro de un mayor grado de concreción del pensamiento occidental. Hasta el reconocimiento del mismo, la mayoría de teorías y sistemas de pensamiento se habían limitado a trabajar con categorías sumamente abstractas, como la idea de humanidad, la idea de «ser humano» en general (sin establecer lo verdaderamente particular de este ser humano). Nos podemos preguntar por la razón de esta situación. La respuesta recae, sin duda, en el hecho de que las corrientes de pensamiento occidental antiguo, medieval y posmedieval se desarrollaron sobre parámetros en exceso centrados en diversas formas de idealismo práctico y, por ello, que partían de criterios predefinidos bajo un esquema de pensamiento casi del todo deductivo. Por ello, cuando se reconoce el hecho social (producto del nacimiento de las ciencias humanas), se da cierta desmitificación de lo humano (sea como proyecto divino, como razón eterna o como escatología del conflicto bien/mal) y un acercamiento al dolor, la desigualdad, la pobreza desde el dolor, la desigualdad y la pobreza mismas. Ello no significa que los esquemas básicos de pensamiento occidental siguiesen predominando, sino sólo que al nacer la ciencia social lo humano apareció como un fenómeno capaz de ser estudiado y, en función de este conocimiento, conservado o cambiado. Por primera vez hubo cierto reconocimiento del papel de los seres humanos en la construcción de su propia realidad.

Al descubrir lo humano como realidad con un estatuto ontológico propio, se da pie, fundamentalmente, a un gran interés por descubrir las leyes mediante las que se rige esta realidad y, por ende, las leyes del hecho social. El esfuerzo de las corrientes del conflicto y del consenso social estuvo centrado durante gran parte de su desarrollo en este problema y las nuevas corrientes de pensamiento están centradas todavía en el mismo. Los teóricos del consenso se preocuparon, así, por describir los mecanismos mediante los que la totalidad social se conserva y se reproduce en el tiempo («orden» y «progreso»). A partir de la conceptualización de la existencia de cierto número de etapas de desarrollo histórico fuera del control humano y que conllevan a un supuesto «estado positivo» (Comte) se trató de alcanzar este estado positivo y conservarlo, suponiendo que el mismo prometía el bienestar general para los seres humanos. En contrapartida, los teóricos del conflicto buscaron en el desarrollo histórico una ley que explicara la evolución de la desigualdad humana (propiciada por el desarrollo del capitalismo industrial) y, con ella, la legalidad que determina no sólo esta desigualdad sino también el camino hacia la liberación. Es decir, en ambos casos, lo histórico-social se percibe como totalidad con una determinada legalidad que le es inherente y que condiciona el cambio histórico (sea hacia la conservación o la transformación radical de las estructuras sociales). En este punto es que introducimos el problema de una interpretación del hecho social, en el marco del reconocimiento de la problemática ambiental.

Las corrientes de pensamiento en el área de ciencias humanas descubrieron el problema ambiental a mediados de este siglo, producto, a su vez, del desarrollo de diversos problemas ambientales. Ya Marx en el siglo pasado nos había hablado de que la producción económica (específicamente la capitalista) pone en peligro las dos fuentes de valor-riqueza,

es decir, el ser humano concreto y la «naturaleza» concreta (2). Asimismo, visionarios como Wells habían comprendido la magnitud de las consecuencias posibles del desarrollo de la ciencia-tecnología y su estrecha relación con formas de producción económica incontroladas y destructivas dentro del capitalismo europeo y mundial. La mayor parte de las teorías europeas, desde las diversas posturas del socialismo utópico, percibieron un componente perverso en el desarrollo del modelo occidental de producción y, en general, en la forma de vida en Occidente. No sólo se trató de un reconocimiento de la desigualdad y la pobreza generadas por la producción económica capitalista sino también de las consecuencias devastadoras de dicha forma de vida sobre la existencia corporal y espiritual del ser humano. Incluso puede decirse que en alguna medida el psicoanálisis nació como una corriente explicativa de la «crisis existencial» del sujeto europeo. Pasada la Primera Guerra Mundial, la multiplicación del nihilismo como opción de vida, el desarrollo del existencialismo (Heidegger, Sartre, Camus, etc.) y la recaída en la segunda Gran Guerra de Occidente, no quedó duda de la existencia de una crisis que ponía en peligro la sobrevivencia de la especie. No es sino con el desarrollo de una serie de desastres ambientales (desertificación, destrucción de los bosques, contaminación, bombardeo radioactivo de la atmósfera) que se percibió que esta crisis no sólo tenía que ver con una «degradación subjetiva» en Occidente (Horkheimer, Marcuse, From) sino además con una degradación general del planeta propiciada por el ser humano, esto es, por las características mismas del contrato social occidental.

Una re-interpretación del hecho social en el marco de la crisis del ambiente, supone hacer una nueva develación del significado de este hecho social, buscando un mayor grado de concreción. Lo humano cobra ahora un significado más específico, cuando se le oponen otras realidades que hasta el momento se presentaban como una homogeneidad abstracta. Me refiero, sin duda, a la definición de la denominada «naturaleza». La misma no sólo aparecía como una homogeneidad abstracta sino como una realidad a la cual los seres humanos imponían su superioridad ontológica, determinada esta última por su carácter espiritual (premisa teológica escolástica), por ley histórica (historicismos deterministas) o por su autoper poder práctico/económico (caso específico del marxismo). Se suponía, pues, que el ser humano trascendía a la «naturaleza» y, por ello, el «sometimiento» era «necesario». El descubrimiento de algunas leyes de interacción de las especies (cuyo mayor precursor fue Darwin) sirvió de aliciente para justificar una supuesta lucha de las especies en la cual se imponía la más fuerte (apareciendo como más fuerte, por supuesto, el ser humano). No obstante, el evolucionismo darwinista nos remitió a la idea del «mejor adaptado» y no a la del «más fuerte». Las corrientes sociobiológicas han tratado de ocultar este hecho, deteniendo la idea del más fuerte como justificación y defensa de poder económico de los sectores sociales más poderosos. El antropocentrismo concurre en este grave error, poniendo incluso desde las ciencias sociales al ser humano como centro y como poder supremo de «la creación». En este sentido, lo histórico-social aparecía contrapuesto a la «naturaleza» como entidad que debía ser dominada. Por ello, el hecho social se potenció como núcleo ontológico último de la acción humana occidental.

La ecología, desde la biología, entra en escena en la década de los 60, luego de un lento y casi anónimo desarrollo desde su definición primitiva por parte de Haeckel en 1869 (3), desechando algunos esquemas reduccionistas de las teorías occidentales tradicionales. La ecología no sólo nació ante la preocupación científica por la destrucción del planeta sino como espacio explicativo de esta misma crisis. Los descubrimientos hechos por esta joven ciencia echaron por el suelo muchas premisas occidentales:

- La ecología descubrió la continuidad energética de toda la realidad, es decir, que un gasto energético, en cualquier parte de un sistema material, termina influyendo sobre todo el sistema.
- La ecología descubrió que todos los sistemas específicos de realidad biológica y no-biológica se encuentran en estrecha interacción, siempre en el marco de una totalidad mayor y trascendente.
- La ecología demostró que los grados de destrucción ambiental en el planeta conllevarán, de continuarse la actual tendencia, a un colapso general de la biosfera y con ella del ser humano.

Ante estas demostraciones del carácter de totalidad de la realidad (4), el contrato social no podía más que empezar a ser cuestionado. Es decir, si el contrato social propicia la destrucción de la «naturaleza», y esta destrucción, a su vez, amenaza con devolverse contra el mismo ser humano, ello significa que el ser humano forma parte integrante de la naturaleza y que la naturaleza no es una homogeneidad abstracta sino una totalidad concreta al interior de la cual todos los sistemas, incluido el humano, son necesarios para el mantenimiento de un equilibrio general. La realidad humana se descubre, de pronto, como una realidad particular, con el

mismo valor que un arrecife de coral o un bosque de coníferas, pese a las evidentes diferencias entre los tres sistemas mencionados. Es decir, en otro sentido, el ser humano, descubre sus limitaciones y su imposibilidad de alcanzar una trascendencia sobre la mencionada «naturaleza» (la cual ya no es percibida como eternidad homogénea sino como totalidad heterogénea). Estamos, pues, en posibilidad de enumerar las características de la re-interpretación del hecho social frente a la crisis ambiental:

- El hecho social se define como factor condicionante de lo humano como realidad particular dentro de una situación general que la trasciende y limita y ya no como una realidad «externa» y autopotenciada.
- El hecho social se comprende como producto de su propio desarrollo histórico, pero a la vez producto de las relaciones de la realidad humana con otras realidades distintas (el arrecife, el bosque), condicionadas por otras formas de «hecho» (no-social).
- Las relaciones entre la realidad humana (condicionada por el hecho social) y otras realidades conforman siempre un todo mayor que no puede ser superado o trascendido. Esta totalidad es, en última instancia, el cosmos. En particular, la totalidad se presenta como aquel nivel que comprende al hecho social y los otros hechos inmediatos, es decir, al planeta todo.
- El hecho social tiene sus propias leyes (leyes sociales) que condicionan a la realidad humana; sin embargo, estas leyes son leyes específicas que no pueden violar las leyes generales de la realidad, sin provocar una reacción negativa sobre todas las leyes particulares y, por ende, sobre las leyes sociales. La violación de las leyes generales se da, fundamentalmente, cuando se violan las leyes particulares complementarias, es decir, propias de otros sistemas (el bosque, el arrecife).

Las consideraciones enumeradas no pretenden descartar la importancia del hecho social como hecho que ha garantizado la construcción de una realidad muy distinta a las otras realidades naturales de la naturaleza toda. Sólo pretenden que logremos visualizar al hecho social en su concreción y en sus limitaciones. Asimismo, visto en el marco de esta concreción y estas limitaciones, no basta en la actualidad con explicaciones de lo social con base en la lógica del lenguaje (como parece ser el interés de algunos seguidores de Wittgenstein) o a los actos comunicativos (Habermas), por tanto ese lenguaje y esos actos comunicativos son apenas dimensiones de un juego mucho más amplio. El descenramiento del hecho social como hecho particular requiere de una visión de totalidad que sepa inscribirlo dentro de los procesos generales de la realidad. Al mismo tiempo, no se trata de proyectar la búsqueda de explicaciones solamente hacia el exterior del hecho social, sino también al interior del mismo. O sea, la situación en la cual el hecho social afecta sin control leyes específicas complementarias y, por ende, leyes generales, es una situación que deriva de las características de sus mismas leyes. El lenguaje y los juegos comunicativos son dimensiones del hecho social, mas no son todas las dimensiones. Actualmente es evidente dentro del desarrollo del pensamiento europeo y occidental en general, una tendencia a la profundización cognoscitiva en los mecanismos informáticos y comunicativos del hecho social. Las corrientes posmodernas, así como otras corrientes reducen la realidad a la simplicidad y función, por ejemplo, de los relatos, los metarrelatos y su superposición (Lyotard). Foucault, Derrida, Lacan y otros teóricos netamente occidentales, por su parte, han dado pie al desarrollo de una serie de teorías de la interioridad del hecho social que, no obstante, impiden el desarrollo de una perspectiva totalizadora para la comprensión del mismo, por tanto conducen a posiciones en extremo espiritualistas (5). La ecología, sin embargo, limita el espiritualismo, en el sentido de que como conocimiento, directa o indirectamente se refiere a relaciones materiales. En este sentido, se hace necesario un retorno a aquellas vías teóricas donde el hecho social pueda ser visualizado no sólo en el marco de sus dimensiones y niveles espirituales (comunicativos, lingüísticos, informáticos) sino también en el marco de sus niveles materiales, es decir, de aquellas relaciones donde ocurren transformaciones energéticas que afectan la totalidad de la realidad.

Al reinterpretar, pues, el hecho social, se hace necesario el análisis de tres referencias en relación con la realidad humana y este mismo hecho:

- La legalidad de lo histórico-social (realidad humana) en sus dimensiones materiales, espirituales y espiritual/materiales. Esta legalidad (fundada sobre las características del hecho social) propicia en la actualidad el desarrollo de graves problemas sociales como la desigualdad, la pobreza, la exclusión, producto de modelos concretos de contrato social que no contemplan a todos los seres humanos en sus cálculos, como lo es sin duda el modelo occidental (hoy autopotenciado como modelo de la globalización de las relaciones sociales).
- La legalidad de los sistemas complementarios dentro de la realidad (sistemas materiales) y, por ende, de la influencia de la legalidad social sobre los mismos. La dimensión espiritual de lo histórico-social no sólo se presenta como una realidad que tiene una condición material/energética sino como una condición que influye en la organización material/energética de los sistemas complementarios.
- La legalidad general que condiciona y a la vez es condicionada por las diversas legalidades específicas y que, al cambiar producto de una cambia en la legalidad de los sistemas complementarios, conlleva a un rompimiento del equilibrio general y, por ende, al cambio de todas las legalidades específicas y la constitución de un nuevo equilibrio con nuevas leyes generales.

Sintetizando, podemos señalar que de una nueva interpretación del hecho social (a la cual hemos tratado de aludir en este ensayo), depende el desarrollo de una postura científica de las ciencias humanas y de la ciencia en general que se proponga, aparte de la mera interpretación, descripción y explicación del fenómeno humano, la posibilidad de dar las herramientas teóricas necesarias para la construcción política de un contrato social incluyente de todos los seres humanos (pues otro tipo de contrato carece, desde una perspectiva ética incluyente, de todo sentido humano) y cuya legalidad no propicie la destrucción de los otros sistemas con los que coexiste. De esto depende el equilibrio ecológico del planeta y, por ende, la viabilidad futura de la vida y con ella del ser humano dentro del mismo.

Espiritualismo sustituye aquí a «subjetivismo». Se entiende, pues, como subjetivo, todo lo relativo al sujeto humano, lo cual es tanto material como espiritual. «Espiritualismo» y «materialismo» así entendidos constituyen formas de pensar reduccionistas, ya que sólo reconocen una parte de la subjetividad humana sin visualizar sus relaciones con la otra.

1. Rousseau plantea la necesidad de remitirse (para la explicación del origen de la «sociedad») a lo que él denomina «primera convención», mediante la cual los individuos en un hipotético «estado natural» decidieron unirse y constituir el «estado civil» (Cfr.: Rousseau, J.J.: EL CONTRATO SOCIAL, EDUCA, San José, Costa Rica, 1987, pp. 55-56), es decir, el «pactum» como lo llamaría Hegel posteriormente al hablar del «contrato» en el marco de la teoría del derecho (Hegel, G.W.F.: PROPEDEUTICA FILOSOFICA: TEORIA DEL DERECHO, DE LA MORAL Y DE LA RELIGION (1810), UNAM, México, 1984, p. 45).

2. Nos dice Marx que «la producción capitalista sólo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el hombre» (Marx, Karl: EL CAPITAL, Fondo de Cultura Económica, México, 1946; citado por Hinkelammert, Franz: CULTURA DE LA ESPERANZA Y SOCIEDAD SIN EXCLUSIÓN, DEI, San José, Costa Rica, 1995, p. 215).

3. Cfr.: Hedström, Ingemar: SOMOS PARTE DE UN GRAN EQUILIBRIO, 2da. edición, DEI, San José, Costa Rica, 1986, p. 8.

4. Ignacio Ellacuría señala: «La realidad intramundana constituye una sola unidad física compleja y diferenciada, de modo que ni la unidad anula las diferencias ni las diferencias anulan la unidad» (Ellacuría, Ignacio: FILOSOFIA DE LA REALIDAD HISTORICA, UCA Editores, San Salvador, El Salvador, 1990, p. 54).

TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:

Lic. Gerardo César Hurtado,
coordinador
Dra. Zaida Fonseca Herrera
M.A. Ana Cecilia Sánchez Molina
Prof. Alfonso Chase Brenes

MECANOGRAFIA:

Sra. Olga Martha Rojas Bolaños



Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

PRESENTACION

Los desafíos contemporáneos en las sociedades actuales que compiten unas con otras, encarando el nuevo siglo de la competitividad económica en una armoniosa y nunca sin fin de sociedades societarias que velarán que sus contratos se cumplan. La hora de todo lo global será llegada cuando los clarines de un nuevo ordenamiento toquen nuestros suelos. Y digo en presente, porque parece que las estrategias del pasado de los países más poderosos desafían al padre Tiempo, para proveerse de experiencia y verdad política y económica, y así destacar que la alimentación de las masas se homogeneice en el trotar ansioso de todos nosotros para que la progresión geométrica poblacional no supere la progresión alimentaria, más de este lado: América Latina es el crisol magnífico y en expansión, para poner grandes esperanzas en que se unificará en una especie de etente de todos los mercados, si funciona bien en el plan y esquema económico, político y cultural que viene a funcionar a través de la catapulta del capitalismo salvaje aplicado a las sociedades abiertas del nuevo milenio.

El dilema, y no propiamente planteado en lo anterior, es decir, la preocupante formulación es el señalar que el imperialismo es permanente, que asombrosamente lo vemos venir cabalgando las colinas con los caballos de nuevos estilos de vida y aplicación de normas estrictas para ahorrar las grandes sociedades por las poderosas garras de endeudamientos externos que hacen posible que A.L. se convierta en una nueva Babilonia, y ese ahorro va a parar a manos de megacompañías relacionadas entre sí, amplias, abiertas y en donde la democracia tiene un sentido, tal vez, lateral frente a los problemas insolubles de grandes sociedades que en los próximos diez años solo la población mesoamericana, se duplicarán sus poblaciones, y la lucha cada vez más fehaciente es la escasez, señores, de agua dulce. En los paroxismos de estos avatares, creo que la lectura del texto de Rodrigo Quesada es fervoroso en especular sobre nuestras realidades no tan tangenciales. Esto nos depara el seguimiento de otro aspecto, que juzgará el lector, está en los planteamientos sobre *el hecho social, lo veamos, la ecología sea también tabla de salvación para A.L.*

El fin de nuevos paradigmas de estudios en las relaciones que progresan sobre la marcha de un nuevo milenio, es lo que le ofrecemos al lector en la discusión álgida sobre *la globalización* que ha sido importante, pues genera otras alternativas de diálogo en nuestras entidades latinoamericanas.

Gerardo C. Hurtado Ortiz